

**DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría 6, 12-16): *Sale al encuentro del que la busca.*

**Salmo** (62, 2.3-4.5-6.7-8): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

**2ª lectura** (1ª Tesalonicenses 4, 12-17): *Estaremos siempre con el Señor.*

**Evangelio** (Mateo 25, 1-13): *Ya llega, salid a recibirlo.*

*La muerte ha sido durante mucho tiempo un tema tabú, del que se prefería no hablar. Hoy se está superando gracias a un tratamiento social consciente y humanizador del hecho de morir. A veces aparece como una cuestión conflictiva, pero con frecuencia se trata con delicadeza, cariño y cercanía a los enfermos que van llegando al final de sus vidas. Hay unas acciones paliativas, unas atenciones delicadas, muy positivas para el enfermo, unas manos amigas junto a la cama del que sufre, en ocasiones una ternura que no se expresó en anteriores momentos de su vida, unas cuidadas palabras de despedida, un... “dejarse ir”.*

*Los creyentes en Cristo resucitado somos afortunados por el sentido que dan a nuestra muerte las palabras de Jesús: «os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros», «ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor» y aquellas otras de la bienaventuranza última: «venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...». No contento, Jesús, en el aliento final de su vida, como si fuese el sacramento postrero e irrevocable de su amor al hombre pecador, desde la cruz, le quedan fuerzas para cargar con un compañero de viaje: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Todo esto nos da la esperanza de otra vida eterna en su Reino.*

*¿Somos agradecidos al mensaje de bienaventuranza de Jesús, a la esperanza que pone en nuestro vivir y en nuestro morir? A los cristianos, se nos pide que anticipemos esa esperanza haciéndola posible para otros en una vida entregada día a día, en el amor a todos, especialmente a los pobres y a cuantos sufren. Siendo siempre capaces de hacer el bien.*

Nos acercamos al final del Año Litúrgico, a la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. Ante esta inminencia, la Palabra que proclamamos estos domingos es una llamada a estar preparados para el encuentro definitivo con Jesús, Señor de nuestras vidas. El evangelio de hoy concluye con estas palabras: **«Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora»**. Las primeras palabras, **«por tanto»**, nos indican que toda la parábola está narrada con esta intención: la irrupción definitiva del Reino de Dios exige al creyente estar preparado, en vela, para acoger ese Reino y entrar en él, en el banquete de bodas.

Nosotros desconocemos los usos de las bodas judías en los tiempos de Jesús. Lo habitual era que la boda se celebrara en la casa del novio. Este acudía a la casa de la novia para recogerla y llevarla a su propia casa. En esta ceremonia el novio era recibido por muchachas que acompañaban a los novios desde la casa paterna de la novia a su futuro hogar. Como este recorrido tenía lugar de noche, se preparaba un cortejo con lámparas de aceite. Unas jóvenes prudentes hacen posible este cortejo.

El Reino de Dios ha irrumpido ya en la historia con la llegada de Jesús: **«Ha llegado a vosotros el Reino de Dios»** (Mateo 12,28). Aún más: **«El Reino de Dios está dentro de vosotros»** (Lucas 17,21). Se ha cumplido la palabra de Juan, el último de los profetas: **«Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos»** (Mateo 3,2). El anuncio y realización del Reino de Dios, el proyecto del Padre, fue el gran amor de Jesús, al que se consagró apasionadamente. Un proyecto que es a la vez don y tarea. Estando ya en medio de nosotros, es algo que debe construirse día a día, esforzadamente, en todos los ámbitos de la vida. Nada humano es ajeno al Reino y a sus obreros. Al cristiano le debe importar, como primer criterio, la vida de los más débiles de nuestra sociedad, de los más desfavorecidos por el actual sistema económico.

Pero toda vida y todo tiempo histórico tienen su final en este mundo, antes de pasar a la bienaventuranza eterna. La muerte puede ser el último grito de nuestra libertad. Tal vez se nos conceda la gracia de poner conscientemente nuestra vida en manos del Padre, imitando a nuestro Señor en su muerte: **«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»**, y entregarnos confiadamente a una resurrección como la suya. Como signo anticipado de esa fe y de esa esperanza, el banquete eucarístico nos invita a participar del Pan que da vida eterna. Dichosos los llamados a la mesa del Señor.